

La Málaga de Picasso

Urbanismo y sociedad

Para los visitantes que llegaban desde el mar, Málaga ofrecía una hermosa vista, pero ciertamente había que reconocer la escasa belleza monumental de la ciudad, aunque en compensación se ponderaba la benignidad del clima. El primitivo núcleo urbano era de características árabes; a finales del siglo XVIII se derribaron las murallas, se empezaron a ganar terrenos al mar y se abrió el Paseo de la Alameda. Durante la siguiente centuria, el centro se transformó



radicalmente, pues desapareció su carácter conventual, como consecuencia de la Desamortización, y se construyeron nuevas viviendas para la clase media. Sin embargo, mantuvo en líneas generales su raíz hispanomusulmana, con un trazado irregular, de calles estrechas, tortuosas y

mal empedradas. Los ejes principales de la ciudad eran la Alameda, la calle Granada -que unía la Plaza Mayor o de la Constitución con la de la Merced- y las Atarazanas del puerto, núcleo de intensa actividad comercial. A finales de siglo, la nueva vía vertebradora del centro fue la calle Larios, que comunicó la Plaza de la Constitución con la Alameda. Promovida por el Ayuntamiento a partir de 1880, y construida por la familia Larios entre 1887 y 1891, aportó un saneamiento imprescindible en una zona antes envejecida y mísera, foco de recurrentes epidemias.

Por el oeste, fue traspasado el límite del río Guadalmedina, al instalarse centros fabriles y una extensa población obrera en los barrios del Perchel y la Trinidad. Al este, se abría el Paseo de Reding, zona a la cual se había trasladado la antigua aristocracia, y más allá la Caleta y el Limonar, donde se asentaron las mansiones de recreo de las familias adineradas.

La sociedad malagueña

A lo largo del siglo XIX, Málaga registró, con altibajos, un aumento de población, gracias a la inmigración atraída por su auge económico, pasando de 57.500 habitantes a finales del XVIII a 130.119 en 1900. El puerto, con su tráfico constante, confería una especial animación a la capital, que con la presencia de



comerciantes y viajeros foráneos hacia gala de un cosmopolitismo que la distinguía del resto de Andalucía. La burguesía dirigente vivía en la Alameda y zonas cercanas al puerto, en magníficas mansiones que asombraban a los visitantes extranjeros. Su paseo público, adornado con árboles, estatuas, fuentes y bancos, e iluminado desde mediados de siglo, era el escenario social y de ocio por excelencia. Otros lugares para el paseo eran la Cortina del Muelle, la Plaza de la Constitución y la Plaza de la Merced.

La citada "oligarquía de la Alameda", constituida por el reducido pero poderoso grupo de comerciantes e industriales que controlaba todos los sectores de la ciudad, marcó sus pautas de vida, un pensamiento político y un sistema de valores inmovilistas. En la escala social, le seguía una amplia clase media, formada por profesionales liberales, funcionarios, empleados públicos y pequeños propietarios industriales. En ella, podía distinguirse tanto un sector políticamente progresista, que militó en el reformismo y el republicanismo, como una burguesía intermedia de carácter conservador, que si por arriba podía aproximarse a las formas de vida de la clase alta, en sus estratos más bajos (maestros, periodistas, funcionarios) solía llevar una vida de estrecheces económicas, abocada a la simulación externa y constante para diferenciarse del proletariado. De ideología conservadora, reaccionaria y moralizante, con escasa renta y status social, aspiraba a las formas de vida de las capas superiores: era la clase del "quiero y no puedo".

La familia de Picasso podría encuadrarse, quizá, en esta categoría. Las viviendas de esta clase social se situaban, precisamente, en inmuebles de alquiler del centro, siendo su localización más típica el "barrio del chupa y tira" (entre la calle de la Victoria y el Camino Nuevo), así llamado coloquial y satíricamente en referencia a la forma en que se comen las almejas, producto barato que sus habitantes podían permitirse consumir casi a diario. Generalmente, en sus casas contrastaba el salón, que era la mejor habitación, reservada para recibir a las visitas, con la pobreza del resto de las dependencias familiares, en un ejemplo más de la diferencia entre la parte pública y privada en que vivía esta clase.

La mayoría de la población malagueña estaba constituida por trabajadores, cuyas filas se nutrían de emigrantes entre los que abundaba el campesinado

pobre, mayoritariamente jornalero. Sus viviendas más típicas eran los “corrales de vecinos”, aunque también era común habitar pequeñas casas de alquiler en torno a los centros fabriles. Sus condiciones de vida eran miserables: percibían muy bajos salarios, eran sometidos a jornadas de trabajo agotadoras, incluso las mujeres y los niños, y sufrían el hacinamiento, la falta de higiene y el analfabetismo. La mendicidad y un alto grado de delincuencia eran los aspectos más extremos de su situación. Se dio lugar así a un doloroso contraste entre la riqueza ostentosa y una terrible pobreza.

Por estas circunstancias, que eran generalizables al resto del mundo industrializado, el siglo XIX fue una época de revueltas y revoluciones, reprimidas contundentemente desde el poder. En Málaga, de forma similar a otros lugares de España, el levantamiento más violento coincidió con la Revolución de septiembre de 1868: los colonos se repartieron fincas, los obreros asaltaron edificios públicos y privados (entre ellos la casa de Martín Larios), muchos potentados tuvieron que huir. 64 muertos y 115 heridos fueron el coste de la restauración del orden, lo que no fue obstáculo para que prosiguieran su actividad las organizaciones proletarias. Tanto en la ciudad como en la provincia, alcanzó gran importancia el anarquismo, que es arrinconado a partir de 1890 por el movimiento socialista; asimismo, existieron otras asociaciones destacables como la Coalición Republicana, los Círculos Católicos o los masones.

Con la crisis de final de siglo, el desempleo hizo presa en el proletariado, se acentuaron enormemente los problemas sociales, se conoció el hambre y muchos campesinos arruinados se vieron abocados a la emigración. Las organizaciones obreras protagonizaron una fuerte conflictividad social, manteniendo con éxito frecuentes huelgas y manifestaciones.

Pero un panorama de la sociedad malagueña quedaría incompleto si no habláramos de su ocio y su cultura. En clave de costumbres, en la clase media las mujeres estaban férreamente constreñidas al ámbito doméstico, mientras que los hombres pasaban la mayor parte del tiempo fuera del hogar, en el trabajo, el café, el círculo de amigos o las casas de tratos. Eran muy típicas de este grupo social las “tertulias de confianza”, reuniones que en los atardeceres invernales se celebraban en una casa con muchachas en espera de un pretendiente. El entretenimiento podía consistir en la interpretación de una pieza musical por una de estas niñas, en el recitado de algún poeta invitado, en juegos diversos o en la simple conversación y chismorreo.

Otra de sus diversiones cotidianas eran los paseos por la Cortina del Muelle, la Farola, la Alameda o la Plaza de la Merced. Eran espacios urbanos compartidos por todos los estratos sociales, testigos de fiestas y acontecimientos multitudinarios. También se hacían esporádicas excursiones campestres a las fincas cercanas. Los baños de mar fueron propios de la pequeña y mediana burguesía: ni los más ricos frecuentaban las playas malagueñas ni los obreros habían adquirido esa costumbre.

Cafés y tabernas eran los establecimientos públicos más concurridos. En cuanto a espectáculos, los más exitosos eran las corridas de toros; el teatro careció de edificios adecuados y de afición hasta el último tercio del siglo: en 1872 se construyó el Teatro Cervantes, cuyo arquitecto fue Jerónimo Cuervo, y cuyo techo fue decorado por Bernardo Ferrándiz y Antonio Muñoz Degrain.

La burguesía elitista se reunía en el Círculo Malagueño y en el Liceo, creado en 1842 en el antiguo convento de San Francisco. Hasta su clausura en los primeros años del siglo XX, todos los malagueños de abolengo pertenecieron a él. Allí se celebraban tertulias, se mantenían escuelas y cátedras y se llevaban a cabo labores de beneficencia, concursos literarios, efemérides, representaciones teatrales, ópera y conciertos, exposiciones de pintura y manufacturas. Su tono cultural decayó a partir de 1890, haciéndose más recreativo y social. El vestíbulo y algunos de sus salones fueron decorados con cuadros de pintores malagueños.

La prensa vivió un gran auge, sobre todo si consideramos los niveles de analfabetismo de la población: durante todo el siglo, se publicaron 322 títulos (de ellos, 73 diarios). Las cabeceras más duraderas fueron las apoyadas económicamente por la clase dominante, "El Avisador Malagueño" (1843-1886) y "La Unión Mecantil" (1885-1911).

En cuanto a la instrucción pública, la capital contó con un número apreciable de escuelas, una gratuita para huérfanos, algunas privadas y otras sostenidas por la Junta de Comercio. En los niveles superiores de enseñanza, deben citarse el Seminario, la Escuela Profesional de Náutica, el Instituto Provincial de Segunda Enseñanza, las Escuelas Normales Superiores de Maestros y Maestras, la Escuela Superior de Comercio, el Real Conservatorio de Música de María Cristina y la Sociedad Filarmónica. La Escuela Provincial de Bellas Artes se fundó en 1851, ocupando una parte del Colegio de San Telmo. Dependía de la Academia de Bellas Artes y de la Universidad de Granada. No sólo se impartían las "artes

mayores”, sino también oficios artísticos. Contó con un número considerable de alumnos; en ella enseñaron o aprendieron todos los pintores del XIX malagueños.